

JOSE TORIBIO MEDINA
(EN SU JUBILEO DE LOS 75 AÑOS)

— por Alejandro Fuenzalida Grandón —

ES la del señor Medina una figura intelectual que honra no sólo a Chile sino a la América entera.

¡Toda una vida consagrada al amor de los libros! Ha escrito tantos que su sola lista llenaría páginas interminables.

Sin duda, es más apreciada su labor en el extranjero que en su misma patria, donde los estudios e investigaciones a que se ha dedicado con tesón de benedictino, no son justificadas sino por una escogida minoría. Es cabalmente en los otros países sudamericanos, en Estados Unidos y en España donde el prestigio de nuestro autor alcanza proporciones de que no nos damos aquí cabal cuenta.

Don Gonzalo Bulnes me decía hace poco que, en Buenos Aires, goza Medina de un prestigio enorme, apenas superado por el del gran Mitre, su ídolo. En años pasados me decía mister Goldsmith, ilustre director de una de las revistas (Interamericana) que más ha hecho en la gran República por la confraternidad intelectual de los países americanos, que Medina era a sus ojos un verdadero fenómeno de actividad, y estaba loco por conocerlo y estrechar su mano. No concebía cómo pudiera haber un hombre de tanta actividad. Un inglés célebre ha escrito que Medina «es el más grande bibliógrafo de la cristiandad». El prestigio que goza nuestro compatriota es

de sobra merecido. Las más destacadas instituciones científicas y literarias le cuentan como miembro honorario, o como corresponsal.

La labor de Medina es estupenda. Ha eclipsado a los Gutiérrez, a los Mitre, a los Binayán, a los Carbias, a los Zinny, a los Levillier, a los Levene, a los Torres, trabajadores destacados de la República Argentina. En México ha investigado en forma tal las impresiones primitivas que los Icazbalceta y los Berístain han quedado distanciados. En España compite con los más eruditos. Casi no hay sección del continente americano a que no haya Medina llevado su linterna maravillosa. Si se exceptúa Bolivia, en donde René - Moreno señoreó sin competidor apreciable, todas las demás secciones del continente, las de la América Central y aun las Filipinas y Manila, ha explorado y estudiado.

A la par que literato e historiador, ha sido a ratos lexicógrafo, naturalista y etnógrafo, pero sobre todo y por encima de todo es bibliógrafo, insigne descriptor de libros, investigador de documentos y compilador acucioso, que ha hecho avanzar el camino de la historia.

En sus estudios, es cierto, ha podido al principio aprovechar su situación oficial como empleado de Legación en el Perú y en España, países ricos en archivos, y el Gobierno chileno y especialmente nuestra Universidad, le han dispensado el auxilio que merecía. No de otra manera habría podido dar a luz tan enorme número de libros como los que llevan su ilustre nombre. Pero así y todo, queda a su favor su férrea voluntad, los gastos de su bolsillo, la enorme labor de Hércules bibliográfico que ha desplegado en más de 50 años de tesón infatigable.

Nació el 12 de Octubre de 1852, se recibió de abogado en 1873, pero apenas ha ejercido su profesión. De regreso del primer viaje al Perú y a Europa, dió a luz su primer gran libro. *Historia de la Literatura Colonial de Chile* (1878), fruto de arduas pesquisas en las Bibliotecas de Lima, de París y de Londres.

Su segundo libro de consideración lo constituyen *Los Abo-*

rígenes de Chile (1882), contribución muy importante al estudio de la época prehistórica de nuestro país.

En Mayo de 1884 nos dió su primer trabajo bibliográfico. Se refiere al laborioso índice de los documentos existentes en el archivo de la antigua Capitanía General de Chile, que cataloga más de 18,000 expedientes y piezas sueltas, encuadradas en más de mil volúmenes, referentes todos al período colonial. Aunque no bien ni del todo completo y con ciertas lagunas, es un guía excelente para meterse en el laberinto de ese archivo, que entonces estaba en el Ministerio del Interior y ahora en el Archivo general en nuestra Biblioteca Nacional.

Durante su estada en la Secretaría de la Legación en España, de que era Jefe el Almirante Lynch y oficial segundo Alberto del Solar, recibió Medina la comisión de hacer sacar copias en los archivos españoles de todos los documentos aprovechables para la historia de Chile. Fruto de esas investigaciones fué la serie de trabajos que dió a luz apenas estuvo de vuelta en nuestro país. Entre ellos son por todo extremo interesantes los referentes a la *Inquisición en América*, encabezado por su libro *El Santo Oficio en Chile*. A éste se sucedieron los análogos sobre la *Inquisición en Lima*, en el *Virreinato de la Plata* y en las demás secciones o dependencias de España en América.

Otra serie no menos notable la constituyen sus investigaciones sobre la *Introducción de la Imprenta* en las distintas secciones de la América Colonial, encabezada por su *Imprenta en Santiago de Chile* (1891), su primer libro de este género y que ha llegado a ser una verdadera rareza. Siguiéron a éste las demás publicaciones referentes a las otras secciones del Continente, formando parte de la serie las *Imprentas en Manila y las Islas Filipinas*. Sobresale por el lujo de presentación la destinada a la *Historia y Bibliografía del Río de la Plata*, impresa en los talleres del Museo Nacional de la Plata dirigido en 1892 por Francisco de P. Moreno. Pocas veces es dado presentar una obra con mayor lujo de facsímiles bibliográficos y riqueza

de impresión. Es un libro ese para las grandes bibliotecas. Tirado a corto número de ejemplares, como la mayor parte de las publicaciones de Medina, se ha hecho excesivamente raro y pasa a ser una edición peregrina inhallable.

Entre sus libros más laboriosos y de excepcional interés histórico, están las *Vida y Viajes de Juan Díaz de Solís, de Caboto, de Núñez de Balboa y de Hernando de Magallanes*. En estos dos últimos está trazada la historia completa del descubrimiento del Océano Pacífico. En este último libro, especialmente utilizó los antiguos documentos que ya Medina había impreso entre los «Inéditos», empezados a publicar en 1888.

En materia de publicaciones y documentos «Inéditos» o de rareza extrema, Medina no tiene rival. Son treinta los volúmenes que ha dado a la estampa con minuciosas informaciones y probanzas, memoriales y procesos, pero quedan centenares por publicar. Las copias de ellos abarcan tal vez unos trescientos. Con lo ya dado a conocer de esa colección, se han podido ir rehaciendo grandes retazos de nuestra historia. Ya muy abultada — la monumental *Historia General* por Barros Arana cuenta 16 volúmenes — se ha ido aumentando más con las historias parciales del Padre Crescente Errázuriz, explotador hábil de los nuevos documentos acopiados por la admirable laboriosidad y constancia de Medina, y que le han servido para esclarecer puntos que andaban inciertos o desconocidos. Con aquel caudal, tesoro de gran valía, la Historia Nacional ha podido avanzar no poco.

Los críticos españoles han declarado abusivo este enamoramiento de los chilenos por su propia historia, y entre otros, el insigne Menéndez Pelayo nos lo ha echado en cara. La historia de Chile va siendo ya más extensa que la de Grecia y de los Romanos y la de cualquier pueblo moderno de Europa. ¡Qué le hemos de hacer! Falta preguntar ¿quién será el que haga las síntesis? Ha de ser estudio filosófico, liberado del fardo de las menudencias y atento sólo a lo característico de los

detalles. A los historiadores jóvenes, les está reservada esta labor, en la que podrán explotar las diversas monografías a que varios estudiosos (Amunátegui, Silva Lezaeta, Thayer, etc.) han consagrado varios volúmenes.

Otra gran colección que Medina ha ido publicando, es la de los *Historiadores de Chile*, comenzada por otros diligentes investigadores y que se hallaba paralizada desde varios años atrás. Esta serie de volúmenes que se reinició con la *Historia del Padre Ovalle* y que encierra la compilación de las *Actas del Cabildo de Santiago*, alcanza ya muchos tomos y no lleva trazas de concluir tan pronto: ¡Tal es el número de piezas, que dentro de un plan, más o menos sistemático, han de darse a luz!

Sin duda, estas grandes colecciones se avaloran con noticias críticas y aclaratorias. Hoy son de rigor. Este género de publicaciones lleva anotaciones copiosas de fuentes comparativas, con examen de hechos que van al fondo de su contenido; lo que efectúan los versados en la técnica de la historia. La compilación y publicación de documentos referentes al pasado remoto, pide esa contribución; y junto a eso, índices prolijos que faciliten la consulta a los investigadores y especialmente a los catedráticos y estudiantes en los cursos de historia superior documental. Es lo que se llama ediciones críticas.

Obras de este género deben ser amparadas por el Estado y su centro principal de cultura que es la Universidad.

Yo siempre he creído que en las publicaciones de que tratamos, no debieran omitirse estas enseñadoras anotaciones científicas, literarias, y sobre todo, históricas para ilustrar el texto. No de otra manera se llega a la verdadera historia en el sentimiento científico y actual de la exposición.

Medina ha realizado otra prodigiosa tarea, y ella sola bastaría para darle fama merecidísima. Me refiero a la edición anotada de *La Araucana*, que lleva a su frente la *Vida de Ercilla*, con una documentación realmente extraordinaria, por lo copiosa y por lo nueva. Los cinco volúmenes que constituyen

la edición Centenaria son esencialmente admirables. Hay allí cuantos datos pueden apetecerse sobre el insigne cantor de nuestra raza, ilustrados con grabados, documentos, notas históricas y bibliográficas del autor. La presentación de esta magna edición compite con cuantas han sido hechas en el orbe.

A la preparación de esta edición consagró Medina largo número de años. Como se comprende, libros de esta índole no son, no pueden ser el fruto de la improvisación o del hallazgo casual. Los documentos buscados y rebuscados con ímproba labor en viejos y empolvados archivos notariales, significan una paciencia enorme y un gasto considerabilísimo ¡Qué de cotejos!, ¡qué de diligencias para hallar los comprobantes del caso!, ¡qué de menudencias eternas para llegar a expurgar el texto de la comparación de las distintas ediciones entre la príncipe y las demás!

Queda por indicar todavía otro género de materias a que Medina ha dedicado gran esfuerzo: sus publicaciones numismáticas.

El autor es un coleccionista formidable. Años y años, en España primero, y por todos los rincones de América después, ha consagrado sus desvelos y su dinero a adquirir cuanta moneda o medalla hispano-americana le fuera dable. Su pasión por las monedas y las medallas ha corrido a parejas con su pasión por libros viejos. Así, se entregó a atesorar ejemplares para su monetario, con el propósito de descubrir cuanta pieza interesante, chica o grande, rica o modesta, pudo caerle a mano.

Ya en carta a Mitre, data en Sevilla el 8 de Diciembre de 1892, le escribía Medina que, apenas arribado a la tierra de España, ya se ocupaba en sus tareas de costumbre: registrando el archivo de Indias, las librerías y casas de cambio, en busca de papeles, libros y medallas americanas. Decíale a Mitre, que era otro furioso coleccionista, que poco había hallado de medallas, porque, «el amigo Carranza, le decía, ha cargado con cuantas ha encontrado.»

Entre paréntesis debo decir que en Buenos Aires, en 1910, conocí de cerca la gran colección que poseía el doctor Carranza, quien, con una gentileza que le agradezco desde el fondo de mi alma, no sólo me obsequió un puñado de medallas rarísimas, algunas de plata y otras que son verdaderamente rarísimas en madera de quebracho, sino que me dió la grata e inmerecidá sorpresa de proponerme para miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana, que había sido fundada por el ilustre Mitre. En aquel entonces, fuera de Medina y de Valentín Letelier, no había otro chileno que tuviese semejante honor.

Medina - numismático ha desplegado la misma actividad juvenil que no le ha abandonado ni en los días de la vejez a Medina - bibliógrafo. Es muy relativo esto de hablar de la «vejez» de Medina. Se mantiene hoy, a pesar de sus 75, en laboriosa actividad. Sus últimas publicaciones numismáticas son de 1919, y las primeras son del año 1891. En este lapso ha dado a la estampa una serie de libros de bibliografía, consagrados a las Monedas Hispano - Americanas, a las coloniales, a las de la época de las juras de los Reyes, a la época de la Revolución, a la de la República, etc., y medita dentro de ellas, se desliza más de un ejemplar que tiene su historia íntima, y que yo, poseedor del secreto, no me atrevería a contar sino a media voz en un círculo reducido de amigos.

También nuestro autor ha publicado dos series que intitula *Casas de la Colonia*, una en 1889 y la otra en 1910, con apuntes para la crónica del siglo XVIII, de toda especie, extraídos del examen de águnos papeles viejos y que, como el mismo autor lo advierte, no caben propiamente dentro del cuadro de la historia general, arrojan luz y retratan a lo vivo una época a la cual permanecemos ligados por nuestro origen, nuestras tendencias y aun por nuestros defectos y preocupaciones. Abri-

gaba en aquellos años Medina, entre sus proyectos de trabajo, escribir una historia de Chile. A este objeto obedecieron esos apuntes de los hechos encontrados en los documentos que compulsaba y que, llegado el caso, pudieran servir para completar el cuadro general que se proponía escribir.

Esta historia nunca la hizo. Se desvió la corriente de sus estudios hacia el campo de la bibliografía hispano - americana, y esta tarea enorme, inaudita, capaz de abrumar a varios hombres, le hizo abandonar aquel su primer proyecto.

Tiene en su haber Medina otros libros que son curiosos e interesantes. Tal es su *Mapoteca Chilena*, con datos acerca de la historia geográfica y de la historia cartográfica, que contienen los títulos de algunos mapas y planos que después ha completado en diversos puntos. En esta materia, el período de discusión científica y diplomática de la cuestión de límites con Argentina, hizo avanzar mucho los estudios de este orden, y especialmente en el alegato chileno ante el Arbitro inglés, se hicieron valer piezas nuevas descubiertas en el *British Museum* y en otros depósitos.

Otra índole de trabajos monográficos de nuestro autor se refieren a temas de crítica literaria Cervántica, como ser *El Lauso de Galatea*, *Cervantes en las letras chilenas*, *Escritores hispanoamericanos celebrados por Lope de la Vega en El Laurel de Apolo*; sobre *La Tía Fingida*; sobre *Voces chilenas*, etc., etc. Además, últimamente escribió su muy interesante libro *Literatura femenina en Chile*, con juicios y anotaciones por todo extremo interesantes sobre materias lexicográficas. Nuestro autor ha compuesto y tiene inédito un *Diccionario de chilenismos* con millares de ejemplos sacados de autores nacionales y cuya publicación revestirá enorme interés. Tiene además concluida o por concluir una extensa *Historia de la Universidad de San Felipe*, y una *Historia de la orden de San Francisco en América*.

A Medina puede considerársele, esencialmente, un *colonialista*, o sea, su campo principal de investigación se desen-

vuelve dentro del período colonial. Ciertamente es que abordó también las figuras principales de la gesta del Descubrimiento y algo de la Conquista, pero eso ocupa la menor parte de su labor, quedando la mayor en los inmensos dilatados años que antecedieron a la Revolución de la Independencia. Justamente, a aquel larguísimo período se refieren sus monografías, y su voluminoso *Diccionario Colonial de Chile* (1906), rica mina de datos bebidos en las fuentes auténticas mismas, que vale decir en los documentos originales. Obra opaca ésta, si las hay, pero utilísima, en razón de que la gran masa de sus protagonistas en ese escenario, lo forman hombres modestos que poco de sustancial hicieron, que no brillaron por su ciencia, ni por su literatura, ni por su industria; que todo esto fué poco menos que desconocido en el largo sopor colonial. Entre aquellos no hubo un solo hombre de genio. El autor lo confiesa, paladinamente: de sus figuras principales, cuando más se hicieron notar en los comienzos, algún soldado conquistador, en la triste guerra de los indios algún soldado valiente, y en los claustros algún fraile de saber. Con decir que hasta los doctores en la Universidad de San Felipe brillan por su ausencia de conocimientos efectivos, está dicho todo. ¿Qué más? Si hasta los más pintados se compraron sus patentes de sabiduría y sus borlas doctorales. Médicos los hubo por excepción, y matemáticos fueron verdaderamente *rara avis*.

Aquel registro biográfico por fuerza tiene que ser de menesterosa enjundia. Acontece lo mismo en el volumen consagrado a la *Instrucción Pública Colonial* desde sus orígenes hasta la fundación del primer Instituto Superior al mediar del siglo XVIII.

Buscando seguramente nuestro autor un campo más fecundo o poblado, con hechos de mayor relieve, ha querido incursionar en lindes más vecinas a nuestro siglo. De ahí su *Biblioteca Chilena de Traductores* desde 1820 a 1924, que es una de sus últimas obras.

Casi simultáneamente el *Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispano - Americanos*, impreso en Buenos Aires por la Facultad de Letras, nos entra al riñón de la producción intelectual contemporánea, en el aspecto curiosísimo de los hijos que

vieron la luz sin padre conocido. Nuestro autor se ha dado la fatiga penosísima de descubrir esta paternidad literaria, cosa no siempre fácil. Si cada país tuviera sus registros de anónimos y de seudónimos suficientemente estudiados, la tarea de compilación no resultaría tan engorrosa como resulta serlo, ante la circunstancia de que por lo general no se ha levantado sino puntas del misterio que envuelve la publicación de libros salidos a correr tierras bajo el velo del anónimo.

Nuestro sabio autor se ha desempeñado en esa obra con notable sagacidad; pero como acontece en las de este género, jamás pueden apeteer el dictado de «completas». A lo mejor, salta la liebre, quiero decir, a lo mejor se sorprende a un autor anónimo que se había quedado rezagado en el tintero. La catalogación y desciframiento de los anónimos y seudónimos en una materia limitada es ya cosa difícil. ¡Cuánto más no lo será la de los anónimos y seudónimos en toda la vasta sección hispano - americana!

Ediciones lingüísticas indígenas paleográficas a plana y renglón, como las de Julius Platzmann, también las hizo J. T. Medina. Tal vez las mejores son las que dedicó a completar la obra lingüística del Padre Luis de Valdivia: *Nueve Sermones en lengua de Chile reimpresos a plana y renglón del único ejemplar conocido y precedido de una bibliografía de la misma lengua y la Doctrina Cristiana y Catecismo con vocabulario de la Lengua Allentiac.*

Pero, en rigor, no ha sido Medina un lenguaraz en estos dominios de la filología india. En la República Argentina lo superó Mitre con demasía, ya que el ilustre general metió el diente aun al fueguino. No es mi ánimo reprochar a nuestro autor el que mutilara algunas publicaciones que contenían en su original vocabularios indígenas. Así, el *Diario* de Pigafetta, caballero cronista del primer viaje alrededor del mundo, que Medina transcribió en el tomo II de sus documentos inéditos, suprimiendo el primer vocabulario Tehuelche, lengua que se hablaba y que se habla hasta ahora en la Patagonia desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro. Fué uno de los primeros idiomas indígenas que se descubrió en la América Meridional, hace cuatrocientos siete años, y que ha permanecido

ignorado en sus componentes durante más de tres centurias. Ese vocabulario se publicó en 1800. Al cercenar parte del relato, Medina privaba al lingüista de uno de los elementos indispensables para el estudio comparado de los idiomas indios. No es querer que el compilador documentario deba estar dotado de la omnisciencia lingüística. Nó, no es eso. Es que el *Diario* de Figafetta significa una pieza capital para la historia del primer viaje de circunnavegación del globo. A este título, nos parece que el compilador debió darnos aquel famoso documento en su total integridad y completitud. Si no lo hizo en 1888, por razones que ignoro, debió, en mi humilde sentir, enmendar la cosa cuando en 1930 nos daba su espléndido trabajo sobre *Hernando de Magallanes*, descubrimiento del Océano Pacífico por el Sur, o sea el descubrimiento de Chile. Había, en efecto, tanta mayor razón para la reproducción integral del documento pigafettano, cuanto que ya se conocía el verdadero texto correcto, dado en la *Raccolta* colombina (Roma, 1894). Difícil es hallar documento y personaje de mayor abo- lengo y de más vieja data para la historia de aquel viaje inmortal. Y éste es el motivo que me impulsa a hacer el breve reparo que, por cierto en nada aminora la excelencia del notabilísimo trabajo de nuestro insigne americanista.

Siempre en interés de la lingüística comparada — uno de los elementos de la ciencia histórica — me atrevo a formular un reparo de índole parecida, pero que no afecta en absoluto al fondo de otro trabajo muy reciente de nuestro autor (Buenos Aires 1927). Se trata de la reproducción en lengua de los chiriguanos de la *Carta* dirigida en 1727 a estos indios por San Alberto, Obispo que fué de Córdoba, luego ascendido a la Silla Arzobispal de Charcas y uno de los personajes de más significación y cultura del siglo XVIII. Echó yo de menos algunas noticias referentes a la lengua chiriguana y a los indios infieles que de ella se servían y se sirven en sus tratos con los blancos. Juzgo que nuestro autor no debió privarnos de los demás filológicos y etnográficos pertinentes a efecto de darnos a conocer a aquellos indios en algunos de sus aspectos más característicos.

En mi concepto, la importancia del tema y la competencia del autor así lo requerían en un trabajo científico, publicado

bajo los auspicios de una institución de tanta fama como la que goza entre los doctos la Facultad de Letras de Buenos Aires.

Pero es ya tiempo de dar remate a este largo artículo. Se haría él interminable a querer considerar aun en resumida mención tantos y tantos trabajos, todos de gran interés, que yo me he ido dejando olvidados a lo largo de estas páginas, y que cerrando los ojos, recuerdo en este instante: Son los tres tomos de la *Biblioteca Hispano-Chilena*, con preciosos facsímiles; los siete tomos de la *Biblioteca Hispano-Americana*, en gran folio, exornados igualmente con opulentos grabados; *Los Errázuriz*, librito de circulación privada, que contiene notas biográficas para la historia de esta familia en Chile durante la colonia, la *Vida del Almirante Lynch*, que fué su Jefe en la Legación de España en los años fecundos en que el diligente y vigoroso investigador no se daba punto de reposo para extraer de la enorme cantera de los viejos archivos de la Península los materiales que habrían de servir tan eficazmente para la historia nacional. Sería pecado no recordar también la traducción de la *Evangelina*, de Longfellow, uno de los primeros trabajos cuando Medina, en plena juventud, se iniciaba en la carrera de las letras.

Sé que se me quedan olvidados muchos, muchísimos nombres que de memoria y de corrido podría citar, de tantos trabajos, monografías, grandes y chicas, de carácter vario, de estudios geográficos y bio-bibliográficos, como son los con que ha hecho gemir las prensas de Santiago, de Buenos Aires, de Madrid y de Sevilla, en medio de la justificada admiración de propios y extraños.

Pero hay que terminar: Hétenos forzados a poner las líneas vecinas a la conclusión de este fatigoso artículo, consignando, eso sí, otros datos que juzgamos del caso exponer junto con una observación final. Es que nuestro autor tiene aun obras de fondo en punto de ir a la prensa, y como si esto fuera poco,— ¡oh caso de milagro!—bullen en su mente poderosa y joven muchos proyectos de nuevas y nuevas publicaciones. Deseámosle largos años más de vida, activa, embellecida, con-

fortada por la señora Ibáñez Rondizzoni, su ilustrada esposa, su colaboradora en los trabajos de la casa de Doce de Febrero y de su jardín - vergel en San Francisco del Monte. Todo ello será en honra de las letras chilenas e hispano - americanas y en prez de sus sienes no doblegadas al trabajo afanador.

Entre las obras de fondo que ya ha compuesto y tiene inéditas, figuran muchas que son de la mayor importancia y resultado, como las ya dadas a la estampa, de sus infatigables investigaciones en los archivos que él ha explorado durante más de cincuenta años.

Los libros históricos del pasado remoto o próximo, no se fabrican de repente; hay que irlos laborando lentamente, poco a poco, y sólo después de haber reunido uno a uno los materiales, es llegado el momento de reunirlos y compaginarlos en un libro. Esta tarea de benedictino, muy poco apreciada en su mérito real, es a la que se ha entregado día por día, sin desmayo, a pesar de todo y con gastos enormes, nuestro gran compatriota.

Como se sabe, Medina ha hecho al Estado un regalo de príncipe intelectual. Ha regalado la valiosa colección de sus libros impresos, que suman alrededor de 25 mil volúmenes, cuya sola breve descripción abraza dos gruesos volúmenes. Además, ha obsequiado la colección de sus manuscritos, algunos originales y la mayor parte copias sacadas por él en los grandes archivos españoles. Este obsequio será inaugurado para el público estudioso en el aniversario del jubileo del ilustre sabio, el 21 de Octubre de 1927.

La Sala - Medina, presidida por el busto del donante, en nuestra Biblioteca Nacional, quedará como eterna memoria y monumento imperecedero de la labor gigante a que ha consagrado su vida entera este hombre extraordinario.